

Del amor y otros delirios

La mierda y el amor

ARMANDO SILVA

Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2017,
317 pp.

CONVALECIENTE DE un cáncer de próstata, Julio Almanza, periodista cultural y de entretenimiento que ya bordea los 50 años de edad, acude con Elisa, una exnovia, a una sesión de *kirtan*, práctica de meditación del yoga basada en la entonación de mantras y canciones sagradas en sánscrito. Allí conoce a Anís Strauss, descendiente de alemanes, y brota entre los dos una atracción inmediata que en poco tiempo los llevará desde Bogotá a un largo periplo por ciudades legendarias y lugares sagrados de oriente: Estambul y la Capadocia, en Turquía; Delhi y Goa, en la India; y Bangkok y las islas del sur de Tailandia. A medida que recorren ciudades, monasterios, centros de meditación y lugares turísticos, y al mismo tiempo el protagonista explora sus recuerdos en Bogotá, Nueva York y otros lugares, lo que delinea la novela es una exploración de experiencias místicas, de curas de meditación para las enfermedades del cuerpo y, en el fondo, una intención por indagar por el tipo de relación que están construyendo los dos protagonistas. Indagación que, como se anuncia desde las primeras líneas de la novela, llevará a Anís a escoger el camino de la trascendencia, dejando atrás la relación amorosa, mientras Julio, de regreso en Bogotá y luego de varias experiencias que le abren los ojos, acaba asumiéndose como una persona de sexo indefinido, que empieza a acercarse al transformismo y a grupos que cuestionan los roles tradicionales de género.

La novela está estructurada en tres partes, cada una titulada con el nombre del personaje que predomina en su interacción con Julio Almanza. La primera parte, “Anís”, es la más extensa del libro y refiere el recorrido ya anotado por Oriente, al tiempo con la evolución de esa relación amorosa. La segunda parte, “Ada”, que se desarrolla en Bogotá, narra el reencuentro de Julio con una muchacha que conoció en Turquía y el intento de iniciar una

relación amorosa, que fracasa cuando ella pone en evidencia la incapacidad sexual de él. Y la tercera parte, “Asia”, cuenta la manera como el protagonista asume las consecuencias de haber tomado dosis mayores de los medicamentos prescritos por los médicos en el tratamiento del cáncer (lo que le causa impotencia sexual y ausencia de deseo), por lo que empieza a aceptar su nueva condición e inicia su recorrido por el mundo del transformismo y las otras identidades de género. Asia es, justamente, el transformista que acoge a Julio en su grupo y le abre las puertas de este mundo.

¿Cómo relacionar la historia hasta aquí esbozada con el título de la novela? El propio protagonista lo expone de manera clara en la primera parte, cuando Anís, gracias a sus búsquedas místicas, logra superar una condición de salud que le impedía evacuar el vientre con regularidad, y esta mejoría repercute positivamente en el reavivamiento de su relación con Julio Almanza: “Me quedé absorto pensando otra vez en cuánto puede la mente afectar al cuerpo y la extraña relación que existe entre la mierda y el amor” (p.104). Un título provocador, sin duda, que puede despertar la curiosidad de los lectores al tiempo que focaliza la atención hacia un momento importante de la trama.

Las dos primeras partes de la novela, “Anís” y “Ada”, son narradas en primera persona por su protagonista, en lo que parece ser un texto escrito (que luego será conocido por Elisa, la exnovia) sobre una experiencia que comienza en el mes de mayo de 2013 y se extiende hasta bien avanzado 2014. En dicho texto, además de la relación con Anís y las dudas que la acompañan, el narrador evoca vivencias significativas del pasado, como la enfermedad y sus padecimientos, y pasadas experiencias amorosas, incluida la que tuvo con Elisa. Pero es un relato que se extiende más de la cuenta en detalles como las marcas, los nombres de las aerolíneas, los horarios, los restaurantes, las comidas y bebidas de cada país, los hoteles, los rituales de los lugares sagrados donde se internan, con una minucia que por momentos parece desplazar al argumento central de la novela (la relación entre Anís y Julio) y acercarse más al

relato de viajes. De esta manera, queda la sensación de que a este narrador le interesa más demostrar su conocimiento los lugares de los que habla que indagar con mayor profundidad en lo que ocurre entre él y Anís, con lo cual lo que se gana en exactitud se pierde en intensidad dramática. No en vano el episodio mejor logrado en la primera parte de la novela es lo que ocurre en Bangkok, cuando Anís es “secuestrada” por una multitud durante una noche y obligada a desfilar como una diosa en una fiesta popular. En este episodio, en el que la acción predomina sobre los detalles turísticos, la gran ciudad tailandesa aparece en toda su dimensión y su cultura, al tiempo que la tensión crece de la mano con la angustia de Julio ante una situación que no logra entender. Si otras secuencias de la historia hubieran logrado este manejo narrativo, seguramente la novela hubiera dejado atrás ese recurso de la enumeración plana de detalles y ganado en la construcción del drama que viven sus dos protagonistas.

En la tercera parte de la novela (“Asia”), la convención adoptada del narrador en primera persona da lugar a un narrador que, en principio, parece ser Elisa. “A partir de ahora tomo la palabra” (p. 211) dice la exnovia, quien ha sido encargada por Julio para concluir su historia, y para ello tiene acceso a diarios, cartas, notas sueltas e, incluso, a las dos primeras partes de la novela escritas por él. Sin embargo, a las pocas líneas la voz de Elisa desaparece para transformarse en un narrador omnisciente con amplias atribuciones de conocimiento sobre la intimidad, los pensamientos y los sentimientos de Julio. Ya no es, no puede ser, Elisa, por más minuciosas que sean las notas dejadas por él.

Este cambio del narrador en la tercera parte plantea muchas preguntas. La primera tiene que ver con la justificación del cambio de voz, desde Julio hasta Elisa. Por la manera como Julio narró lo anterior, con un juicio atento sobre sí mismo, pareciera no justificarse, o no estar bien construida narrativamente, la decisión de no escribir más. La conversión de Elisa en escritora tampoco está fundamentada, pues nada en las dos primeras partes de la novela permite prever que ella pueda asumir esa tarea. Y finalmente,

RESEÑAS		NOVELA
<p>la transformación de la Elisa narradora en un narrador omnisciente hace pensar en un efecto que no se consideró necesario afinar. Podría pensarse que se trata de un proceso intencional, en directa relación con los cambios profundos que experimenta el protagonista, pero lo cierto es que esta parte final de la novela fractura el conjunto y le resta verosimilitud a lo que debería ser esencial en el desenlace: la transformación de Julio, su entrada en un nuevo universo.</p> <p style="text-align: right;">Óscar Godoy Barbosa</p>		